

RUEGO

¡Oh tú, la agraciada damisela ciudadana de porte señorial, la de cuerpo enjuto y rostro pálido, la de ojos soñadores y labios tristes! Oh tú, el lirio de sombra que un rayo de sol de verano marchitaría, perdóname a mí, al pobre peregrino de la tierra áspera, que trae sobre la túnica el polvo de los senderos dormidos en las planicies soleadas y palpa con la contera del bordón cuanto encuentra en el suelo, recogiendo guijarros y flores silvestres para enseñárselas a los hombres en cuanto llega a poblado; perdóname, ¡oh tú, damisela ciudadana!, si por azar cae en tus manos de nácar, anémicas y gráciles, este librote pesado; perdóname y déjalo enseguida, pues no está ha hecho para ti: está hecho para manos más valientes y gustos más lóbregos. Para ti sus colores son demasiado crudos, sus rayas demasiado negras: le faltan medias tintas, matices desvaídos y curvas graciosas como las espirales de humo de un pebetero.

Esta es una colección de los guijarros que te comentaba, de formas angulosas y endurecidas, invariables a través de los siglos, y no puede gustarte a ti, que miras la piedra adulterada por el cincel y el ingenio de los hombres, como tampoco te gustaría el ramillete de flores silvestres que guardo en mi zurrón de romería, pues son todas flores sencillas, primitivas; unas inodoras, otras de fragancias extremadas que hacen volver la cara a quien no está hecho a ellas y repugnarían a tu nariz fina de aletas temblorosas,

acostumbrada a olores discretos, y a tus ojos, que gozan de los rasgos neurasténicos de las flores de salón e invernadero.

No, estas cosas no son para ti.

Mas puede que algún día, quitándome las sandalias hechas para transitar por la tierra reseca y despojándome del vestido de romero, con sus conchas que evocan lo que nunca muere, puede que sí escriba un libro más bonito que el presente; un libro de las cosas que pasan con el soplo del Destino, un libro gayo, de marquesitos y reinas, de bosques adormecidos y cacerías; un libro pulcro y débil como un país de abanico o un ramillete de impasibles crisantemos, y aquel día, ¡oh esbelta damisela ciudadana de porte agraciado y labios tristes!, aquel día mi minúsculo presente será para ti; porque entonces podré decirte: «Tómalo sin miedo, bien confiada, y teje con su hilo de fantasía tu pedacito de tela de Penélope...».

Mas ahora ciérralo, ciérralo, que ni yo quiero ofenderte ni tú debes de ser ninguna Isabel de Hungría que se recrea en el *sport* divinal de ver llagas y acariciar la roña que encontramos al recorrer la tierra áspera, muy lejos de las grandes urbes.

Ciérralo, pues, damisela ciudadana; créeme, ¡ciérralo y... sueña!

V. C.

MET DE LAS SOLTERONAS



El pobre Met había venido al mundo como por arte de encantamiento.

En un caserón destartelado, que solo tenía planta baja y hedía a la legua, vivían las Solteronas, madre e hija, con fama de brujas, la una viuda, vieja y malcarada, y la otra doncellueca, de treinta años pasados, zarrapastrosa y montaraz, con un bigote como un plumero a cada lado del labio y un hombro desencajado que la obligaba a ir toda torcida y ladeada. No se tenía noticia de que aquella moza tuviera ni hubiese tenido nunca un pretendiente y la gente opinaba que así se quedaría, porque no cabía pensar que se le acercase ningún hombre que tuviese ojos en la cara.

La gente, sin embargo, debía de andar equivocada, porque un día, para escándalo y sorpresa generales, se supo que el contrahecho marimacho había tenido una criatura. Los monaguillos contaron que en noche cerrada la mayor de las Solteronas había acudido a la casa parroquial, y luego a la iglesia, seguida del señor cura, que le ponía cara de palo y no cesaba de mascullar entre dientes palabras de enojo. Ella cargaba en brazos un fardito envuelto en un mísero mandil de cáñamo y lana y, en el interior del fardo, a un bebé recién nacido, al que hicieron cristiano.

Siendo bastardito e hijo del pecado, el bautizo se despachó a toda prisa, a escondidas de todos, medio a oscuras y sin regocijos ni repiques de campanas.

Solo le pusieron nombre de pila y el de la madre; de su padre, ni él ni nadie tendría noticia ni sospecha firme en la vida. Pero como ellas —la madre y la abuela— eran tenidas por brujas, no faltó quien al ver a aquel hijo salido de sopetón tan misteriosamente se persignase, sintiendo pasar por su cerebro como un rayo conturbador la idea del íncubo.

Y si mal vistas en público y temidas en secreto eran las Solteronas antes de nacer la criatura, mucho más lo fueron después de tenerla. Ninguna mujer se atrevía a pasar frente a la casa de ellas sin mascullar «¡Jesús, María y José!», hurgando en la faltriquera de la falda en busca de las llaves de la cómoda o el guardarropa; porque de buena tinta es sabido que contra quien es pronto en tocar hierro nada pueden los maleficios de brujas y tullidos.

Mientras anduvo envuelto en pañales, casi nadie vio al niño; pero en cuanto empezó a andar, su madre o su abuela le sacaban a la calle y le dejaban horas y horas chillando o revolcándose a pleno sol en el polvo reseco como un gusano, con el vestidito remangado y asomando un vientrecito hinchado y unos muslitos flacos, todo pellejo. La gente, al pasar, le miraba de reojo, sin acercársele, como si fuera un animalillo apestado; y las madres, recelosas, predisponían a sus hijitos contra él, inspirándoles asco y miedo hacia la pobre criatura.

Cuando fue un poco mayorcito e intentó acercarse a las demás, estas le escupieron, le sacaron la lengua, le gritaron apodos y le arrojaron lodo o piedras, al tiempo que huían de él como si se guardaran de escaldarse tocándole siquiera con la punta del dedo.

Las primeras veces lloraba desoladamente; después se acostumbró, y al final aquello se le figuró natural.

Rechazado por todos, creció aislado en sí mismo, sin compañeros, sin juegos, sin ocupaciones, sin alegría. Como no tenía con quien hablar, no decía nunca nada, y sin ser mudo, lo parecía. No fue a la escuela ni aprendió oficio alguno. De la mañana a la noche, indiferente y solo, vagaba plácidamente de ceca en meca

como un perro sin amo, mirándolo todo desde lejos con sus ojos inexpresivos y claros como el agua corriente. Habríase dicho que todo ante él seguía en el espacio la trayectoria de una luz que le atraía vagamente y que nadie más veía.

A los catorce años perdió a su abuela y por primera vez apareció enrollado en su cuello un mísero pañuelo de lana negra que ya nunca le abandonó. Fue también entonces cuando pegó aquel tremendo estirón que le dejaría la figura desgachada de por vida. En pocos meses el mocoso desmirriado se convirtió en un varal, pero la crecida le dejó en los huesos, sin pizca de chicha, escurrido como un costal vacío, con la cabeza diminuta, el pelo desteñido y ralo, los hombros resbalándole de un cuello de ánade interminable, el pecho hundido y la espalda más plana que la palma de la mano.

Sus movimientos se volvieron lentos, sin viveza alguna, y los brazos le colgaban como una cosa muerta que se balanceaba con el vaivén del cuerpo; la mirada vaga de sus ojos claros, siempre mansamente abiertos, perdió aún más su fijeza, y bastaba verle para adivinar tras aquellas pupilas encantadas, de un suave azul celeste, un cerebro blanco y frío como un bloque de mármol.

Entonces empezó a desprenderse de toda su figura un no sé qué de angelical mansedumbre, un cierto aire inocente y plácido de bichito inofensivo y sobrante en el mundo; y tanto se acentuó de día en día aquel aire que la gente, poquito a poco y sin darse cuenta, fue perdiéndole el miedo que le tenía como a algo maligno. Las madres, ya muy tranquilas, fingiendo pavor, les decían a sus hijos díscolos:

—¡Si no te portas bien, llamaré al Met de las Solteronas para que se te lleve!

Y el pobre Met, con su armadura desgarrada y espectral y sus pasos inciertos, largos y silenciosos como los de un fantasma, se convirtió en el espantajo legendario de la chiquillería del pueblo.

La madre seguía con su apodo y todos se santiguaban al verla; pero su hijo podía ir a cualquier parte sin que le rechazaran ni

huyeran de él como antes. Incluso las mujeres, cuando pasaba junto a los huertos, como no pordioseaba ni le quitaba nada a nadie, le tendían pimientos marchitos o higos, y las más blandas de corazón llegaron a comprarle los caracoles y setas que en época de lluvia recogía en la montaña.

En estas, un predicador de gran renombre acudió al pueblo a dar los sermones de Cuaresma.

Ya en la primera vigilia la iglesia se llenó de bote en bote. Como todo el mundo iba allí y no había que pagar entrada, el Met de las Solteronas se dejó arrastrar por la espesa riada.

Eligió un sitio bajo el púlpito y se acucilló en el suelo sobre una calavera grabada en la losa de una tumba. La riada se arremolinó en torno a él, y las mujeres, embistiéndole, pisándole, golpeándole con las sillas, le dejaron medio maltrecho, pero él permaneció quietecito, sin perder la serenidad ni la paciencia; y cuando la agitación se aplacó pudo verse, inmóvil y estirado, su cuello blanco sobresalir de la masa oscura.

Cuando el predicador subió al púlpito, los últimos ruidos y cuchicheos se interrumpieron de cuajo, en la iglesia se hizo un silencio general y todas las miradas, atontadamente curiosas, convergieron hacia la única diana.

El predicador forastero era un hombre bien conservado, entrado en años, calvo, de cara fofa y sonrosada y ojos mortecinos.

Empezó el sermón: tenía unos ademanes amplios y majestuosos que parecían abarcar todo el espacio, y una voz suave, cariñosa, con inflexiones de imponderable ternura, que traía lágrimas a los ojos.

Durante cerca de una hora habló de las delicias del paraíso, del árbol del bien y del mal, de la debilidad del hombre y de su caída, de los enemigos del cuerpo y del alma, del castigo de los pecados y de la recompensa de las virtudes. Para concluir hizo

una descripción del cielo y del infierno con palabra fácil y sonora como gorjeos de pájaro y una claridad caótica cuajada de todos los lugares comunes de la oratoria sagrada. Las oraciones brotaban de su boca desdentada y fruncida dulce e irrestañablemente, como un manantial de armonía que se derramaba hacia todos los rincones de la iglesia y caía sobre los fieles allí apiñados a guisa de lluvia fresca que por primera vez reblandecía la sequedad de sus vidas insensibles de animalillos hacendosos, endurecidas y petrificadas en la inconsciencia.

No entendían lo que decía el buen predicador; no eran capaces de seguir el hilo de sus conceptos; pero ¡daba lo mismo! Ellos sentían el enjambre de palabras bellas revolotear graciosamente en torno a sus cabezas, cosquillear en sus oídos, avivar y calentar como miríadas de chispitas multicolores sus corazones entumecidos en la quietud de aquella penumbra inexpresiva; ellos gozaban esa cosa buena que recibían de balde y que les generaba una dicha profunda, inexpresable, que no habían conocido nunca, y algo les temblaba por dentro y lloraban a lágrima viva, sin saber por qué, con un gran desconsuelo alegre que daba vida y los volvía buenos y liberales y caritativos, sanándoles el alma de las costras roñosas de pequeños egoísmos, pequeños rencores, pequeñas concupiscencias.

Cuando el sermón concluyó, cuando se restañó el manantial salutífero, reinó un minuto de silencio y luego toda la masa humana se sobresaltó como si de improviso la hubieran despertado de un sueño delicioso; una suerte de espanto, de azoramiento medroso, hizo que todas las miradas se volvieran hacia uno y otro lado como en pos de algo que se les escapaba para siempre... y una sorpresa desencantada se pintó en todos los rostros. Hombres y mujeres se miraron pestañeando, y luego la masa entera se agitó. Toses cascadas, suspiros de desahogo, ruido de sillas, y aquel mar de sombra ondeó lenta y mansamente hasta la puerta abierta de par en par, y se desparramó hacia los cuatro puntos de la villa.

Ya todos habían salido de la iglesia, llena únicamente de un vaho espeso que se adhería al gaznate y hacía escocer los ojos, y el Met de las Solteronas seguía sentado en el suelo, el trasero sobre la calavera de la losa, las dos piernas estrechamente abrazadas, el cuello estirado, las pupilas fijas y la boca entreabierta, como embelesado, como si aún escuchara el sermón.

Habían apagado ya los cirios y un monaguillo que recogía las pocas sillas de alquiler que habían quedado esparcidas le tocó el hombro. Met volvió la cabeza y se levantó sin pensar; se palpó las nalgas, más gélidas que la piedra, se sacudió como un gato al desprezarse, y sintiendo que todo le daba vueltas se encaminó hacia la puerta tambaleándose con paso incierto de sonámbulo.

Desde aquella velada en adelante Met no conoció sino un anhelo: escuchar el siguiente sermón. Él, que era tan manso, tan indiferente a todo, sintió entonces una inquietud, una impaciencia tormentosa, y habría querido saltarse días y noches para llegar antes a las de la prédica.

Él era el primero en recalar en la iglesia y siempre se acucillaba, como la primera vez, en la losa de la calavera.

En lo alto, casi encima de él, el púlpito se adhería como un gran caracol a la pilastra del altar, y dentro del púlpito se veían los inquietos brazos negros, el pecho blanco como el de una paloma, y la cara sonrosada y fresca del predicador forastero. Cuando este movía los labios, modulando su ristra de bellas palabras, Met las veía materialmente caer como una lluvia de rosas que se zambullían y daban juguetonas volteretas, expandiendo en derredor nubes de aroma. Cuando el sacerdote extendía los brazos con ese gesto amplio y vagaroso que parecía abrazar todo el espacio, el pobre bastardo sentía el estremecimiento venturoso de una caricia como si una mano suave y tibia le pasara por la frente, le acariciara las mejillas... y cuando aquella voz de ambrosía llamaba a los oyentes «hijos del corazón, cieguitos del alma, hermanos carísimos, tristes ovejitas descarriadas, sedientos de amor», Met creía que todos aquellos

calificativos cariñosos se dirigían a él: tan en derechura penetraban en su corazón esponjado, derretido en su gran ventura; la ventura de ser querido y compadecido, la ventura de encontrar un alma amorosa a la que podía arrimarse, sin desdén ni mofa, su pobre alma desamparada y solitaria que inconscientemente mendigaba consuelo y calor; y un torrente de lágrimas de alegría humilde y fervorosa le anegaba los ojos, chorreándole de continuo por la cara.

A lo largo de toda la Cuaresma el predicador contó la vida entera de Jesús, desde su milagrosa venida a la tierra hasta su no menos milagrosa subida al cielo, procurando que la grey mortecina que le escuchaba entendiera el significado portentoso de aquella vida y pasión del Hombre-Dios, padecida para redimirnos y purgarnos del pecado original, para exaltar a los humildes y pobres de espíritu, para rebajar a los poderosos y soberbios, para sembrar semillas de caridad, humildad y hermandad en el corazón de la ruin descendencia de Adán.

Por su aspecto venerable y el tono amical y cautivador de su voz parecía un padre que contara un largo y maravilloso cuento a sus hijitos, analizando y comentando cada pasaje para extraer de él la miel del ejemplo, y endulzar con ella la amargura de todas las penas y tribulaciones de los hombres.

Con pelos y señales, como si lo tuviera ante los ojos, describía las escenas, los lugares, a los héroes de la sacra leyenda: el peregrinaje y los milagros del Maestro, la fe de los discípulos, la dureza de corazón de escribas y fariseos, el embeleso de las multitudes, la dulzura y pureza de María, el arrepentimiento de la Magdalena, la bondad de san Juan, la traición de Judas de Keriot...¹

Ante su mágica evocación, el mundo de sombras de la iglesia se llenaba de apariciones deslumbrantes, que cautivaban la vista y llevaban a los corazones conmovidos a palpar de confusión.

¹ Sic.: Judas Iscariote. (*N de la T., como todas las demás, excepto cuando se indique lo contrario*).

Pero, entre todos, el oyente que recibía la sacudida más firme y la más vibrante impresión era el pobre Met, que veía abrirse ante sus pupilas paradas horizontes y más horizontes que se sucedían y se ensanchaban al infinito, llenos de luz y belleza, por los que pasaba una y otra vez Jesús de Nazaret, despacio, con la cabeza alta y la mirada triste, remolcando a su larga hilera de apóstoles y seguidores, para ir tejiendo paso a paso su vida poemática y su redentora muerte. Y le veía alzar el brazo, envuelto en una ancha manga, para maldecir y secar a la higuera estéril, del mismo modo —decía el predicador— que serán maldecidos y secados en el otro mundo todos los hombres que, soberbios y apenas pensando en vanas pompas, no den su fruto sabroso en la vida terrena; le veía en el Huerto de Getsemaní, hincado de rodillas en actitud humilde, la cabellera sobre los ojos, haciendo su última oración, todo él bañado en luz de luna; le veía atado a la columna del martirio y flagelado por mano de verdugo; le veía camino del Calvario, con la cruz auestas, tropezando y cayendo, sudando lágrimas de sangre bajo las púas de la corona de espinas; le veía luego en la crucifixión dolorosa, con el lanzazo cruel, la hiel y el vinagre humedeciéndole los labios resacos, siendo el hazmerreír de la gente enloquecida, y finalmente veía la muerte y el descendimiento y la sepultura y la bajada del ángel de blanca vestimenta que hacía caer de bruces a los centuriones custodios y, apartando la pesada losa, dejaba volar hacia las alturas al Señor resucitado en medio de una gran luminaria...

Concluidos los sermones de Cuaresma, empezaron las funciones de Semana Santa como una reproducción viva de las escenas evocadas. Durante todos aquellos días Met no salía de la iglesia hasta que le echaban para cerrar. Su madre le reñía con aspereza porque no aparecía a la hora del almuerzo; pero Met, que siempre la había temido y la obedecía sin chistar, en aquel momento habríase dicho que no la oía. Tanto es así que el jueves no recaló en casa ni para el almuerzo ni para la cena. Cuando hubo concluido el tableteo del oficio de tinieblas y demás ceremonias de la tarde, aún ensordecido

por los silbidos y los golpes de maza y matraca, se quedó para ver los preparativos de la procesión: bajar de los altares las imágenes que iban a salir, disponer la colocación de las Marías, probar las vestes, ponerle pañetes nuevos al Santo Cristo... Cuando todo estuvo listo y empezaron a congregarse en la iglesia penitentes y angelitos, corderos y encapirotados, enlutadas y portadores de hachones, Met salió a buscar, de esquina en esquina, cuál le gustaría más para ver el paso de la procesión. Indeciso, iba de aquí para allá sin saber dónde quedarse, y dio tantas vueltas que cuando todos gritaron que la procesión se acercaba ya no halló un hueco libre. En las primeras calles del recorrido los mirones, expectantes, se apelotonaban a lo largo de las aceras como ribazos de carne entre los que discurriría la riada de misterio desolado. Met intentaba meterse quietamente, sin molestar a nadie, en cualquier parte; pero siempre se topaba con espaldas que le cerraban el paso como puertas de hierro, con codos que le rechazaban como puntas de lanza, con miradas hurañas y retadoras que parecían empujarle afuera. Todos habían tomado firme posesión de su sitio y querían defenderlo a capa y espada; pero Met, al final, impaciente y movido por una cierta furia interior, arremetió sin contemplaciones y, rompiendo la muralla, se encastró en la marea. Su obsesión era pasar muy al frente; pero de repente se vio aprisionado entre dos muros resistentes que le impidieron avanzar o retroceder. Al grito de que «ya se veía» aquellos conglomerados humanos se habían espesado como argamasa.

En el extremo de la calle Larga, en cuya mitad superior se encontraba Met, destacaban tres o cuatro puntitos movedizos que parecían luciérnagas. Enseguida apareció la mancha negra de un pendón y la sombra alargada de los capirotos. La procesión empezaba a doblar la esquina, pero con la cachaza que traía tardaría más de una hora en recorrer toda la calle.

Avanzaba muy despacio, con pausa de agonía larga, precedida de un rumorcito mortecino de pies arrastrados, jadeos contenidos, olor a cera y gemidos quejumbrosos de flautas lejanas.